

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo. *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Temas de Hoy, 2007, 415 pp.

Los historiadores siguen debatiendo el asunto de la formación de la nación española. Desde los nacionalismos subalternos al nacionalismo español, y desde éste a la inversa otra vez; desde ideas y realizaciones específicas a supuestos teóricos más o menos cargados de simbolismo (la “nación de naciones” o la identidad plural), el discurso historiográfico se halla ligado, queriéndolo o no, a la política. Como en cualquier otro tiempo, hoy también hay conflictos políticos que contribuyen a aflojar y a moldear los problemas historiográficos, cuando no los plantean directamente o los exacerban acaso. En cuestiones como ésta de la construcción nacional —a veces piedra de escándalo—, subyace siempre abierta, para la mayoría, la pregunta constante, la labor siempre en marcha, que su vinculación a la ciudadanía obliga a mantener.

Aunque tendamos a creerlo así, la relación entre historia y presente no depende tan solo (o no principalmente) de la fiebre de conmemoraciones o efemérides, con sus ocasionales aplicaciones inmediatas y su brillo fugaz. De modo más o menos soterrado o difuso, todo discurso histórico (convergente o tangente a un presente cualquiera) guarda en sí mismo una ductilidad que, en la praxis política corriente, es difícil dejar de aprovechar.

Lo que hoy se entiende por “historia cultural” es, en buena medida, el receptáculo más acogedor que para apropiación de representaciones y discursos pasados pudiera imaginarse. De una manera u otra, todos somos partícipes de una tarea pública en que la erudición de los historiadores va rodeada, encapsulada incluso, en una pegajosa envoltura mediática, más o menos vinculada al entorno y obediente a la presión exterior. Como toda escritura de la historia a lo largo del tiempo, se alimenta la nuestra, en resumidas cuentas, de las preocupaciones del momento, embutidas e inscritas en los contextos que explican la obra concreta de un autor. En la historiografía española la “identidad nacional”, la pregunta a propósito de España, es a estas alturas todavía, seguramente, el campo de confrontaciones más revelador.

Son varios los grandes nombres del panorama actual que han mostrado sus cartas abiertamente, en los últimos años, al hilo de las quiebras y los sobresaltos, de arañazos y golpes que a diario propina la política. Uno de aquellos, el modernista Ricardo García Cárcel, adelantándose al segundo centenario del inicio de la Guerra de Independencia, ha publicado (2007) *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*, seguramente uno de los libros más importantes del bicentenario hasta la fecha (escribo ahora en octubre de 2008). Será, sin duda, lectura imprescindible durante mucho tiempo, no solo porque aborda con soltura la objetivación de aquello que el subtítulo promete (los *mitos* de la nación española), sino más aún, posiblemente, por su aguda revisión de la historiografía existente y la capacidad sobrada del autor para convertirla en su propio relato. Un relato comprensivo y comprensible, erudito sin que estorbe al lector la erudición, y en el que la tesis de fondo: la nación no se “inventa”, *se construye* (y además se construye desde antiguo), va gobernando el interés lector sin imponer más que indirectamente ese corolario práctico. Hay que reconocer que, tanto por la densidad de la información manejada como

por la delicada cuestión de fondo, volver una vez más sobre la Guerra de la Independencia, un juego de poderes cambiante e inestable, no era precisamente fácil.

No esconde García Cárcel que su intención es intervenir en la polémica historiográfica, allí donde las consecuencias pueden ser a medio plazo mayores. No oculta, igualmente, que polemiza principalmente con José Álvarez Junco, cuya decisiva obra *Mater Dolorosa* concretaría en 2001 una propuesta interpretativa que este otro autor venía madurando, y que iba a explorar el concepto de “invención” liberal de la nación a partir de la guerra contra los franceses, un constructo que se impondría sobre la identidad política (cualquiera que ésta fuera), y cuya elaboración discursiva se antepone, en este tipo de interpretaciones, al peso “real” de los hechos. La nación española sería así creada (“inventada”) por los liberales a partir de los años 30 del siglo XIX, en una instrumentalización interesada, dirigida a captar la adhesión popular. Como un simple artefacto para la movilización, la nación española sería débil en sus orígenes, dependiente de un sustento ideológico inestable y discontinuo, siendo débil el grupo social que la creaba, la burguesía, sin fuerza para imponerse a tradiciones políticas e identidades de diversa naturaleza y procedencia (la Iglesia en especial), que siempre iban a seguir en competencia con los nuevos poderes. Una lectura ésta, por tanto, que refuerza la imagen de la pluralidad identitaria en España, y reabre el debate sobre el origen de los nacionalismos subalternos, una cuestión historiográfica que punteó la década de los años 90 en manos de unos cuantos contemporaneístas españoles. Hoy sin embargo éstos, como colectivo, nos hallamos más inclinados a discutir sobre asuntos como memoria histórica en relación con la historia oficial.

Desde la proyección retrospectiva que su adscripción al modernismo le permite, Ricardo García Cárcel ofrece por su parte, en *El sueño de la nación indomable*, una visión muy nítida y precisa de la postura contraria a Álvarez Junco (cuya atracción quedaría reforzada por el extenso éxito, a su vez, de aquel texto emblemático que en su día editaron Hobsbawm y Ranger, *La invención de la tradición*). La nación española –puede volver a leerse ahora aquí– se teje con elementos que existían ya antes de que la burguesía liberal se apropiara de ella para llevarla al centro de su imaginario, y encuentra ocasión para constituirse con la crisis y deslegitimación de la monarquía, con el vacío de poder que abre la salida a Bayona y la respuesta del motín madrileño. El 2 de mayo, oportunidad histórica y acontecimiento irreversible, inaugura la coyuntura precisa para la modernización de una añeja estructura administrativa y territorial, en una reformulación que vino a encajar –más no por una causa inevitable, ni de manera rígida y segura– con los nuevos principios de la ciudadanía, las ideas y formas revolucionarias que involucraban al *pueblo* y a la *patria* en el nuevo concepto de *nación*.

Lo que aquella otra aproximación destacaba como una coartada retroactiva basada en la epopeya de la *resistencia* para hacer frente ya en la década de 1830, con éxito, a una incapacidad indiscutible para reconstruir el imperio colonial continental, en García Cárcel es por el contrario (como era en Elorza, en Fernández Albadejo y otros varios) un proceso de *construcción* sobre el terreno, un haz de proyecciones elaborado *in situ* y al hilo mismo de los acontecimientos de la guerra. Sería en medio del discurrir del conflicto en la Península, en la compleja interacción de sus actores, en los intercambios de oportunidades para la transformación política y

social, con su haz de resultados contradictorios y parciales (modernidad y tradición en alternancia, entre las fechas límite de 1808 y 1814), donde habría que volver a situar los orígenes ciertos de la moderna nación española.

Ello implica, advierte García Cárcel, recuperar la exacta posición del Cádiz de 1812, para corregir una posición en exceso “deconstructiva”, a la que se habría llegado por contaminaciones de presente: “*El deconstruccionismo de los mitos nacionales españoles de la guerra de la Independencia solo se explica también desde que los nacionalismos periféricos se han integrado políticamente en el poder, para contar la historia a su manera, descodificando paralelamente los códigos narrativos (con sus mitos) de la historia de España. La historia crítica, pese a sus buenas intenciones, siempre es selectiva. Se ejerce beligerante contra los ídolos de los otros, y es extremadamente benévola hacia los que se sienten como propios*”. En las Cortes de Cádiz, a esa luz, “... *Todo sería inventado. Todo sería creación ex nihilo. El presunto adanismo de los diputados liberales ha sido metabolizado por algunos historiadores contemporáneos hasta hacer suyo ese concepto, convirtiendo la historia nacional anterior a 1812 en pura ficción*”.

Esta actitud “realista” no implica, sin embargo, echar en saco roto términos que hoy nos complican la vida a más de uno, venidos desde la historia cultural y su horizonte semiótico o antropológico, como es en especial el término de “representación” (que, con significados diferentes, fue muy usado por los contemporáneos), de manera que el autor consigue ofrecer un fresco muy completo, que en ningún momento esconde su énfasis alternativo: “*Frente a las tesis de algunos historiadores actuales, nosotros sostenemos que la generación de 1808 ni inventó la guerra nacional ni una nación española de la noche a la mañana. Más que de invención habría que hablar de recreación, de reacomodación de construcciones históricas previas...*”. De esa reacomodación y contextualización se siguen extrayendo sin embargo, recreadas ahora sobre el papel, alternativas posibilidades respecto a la trayectoria histórica de España como experiencia constitucional¹.

A riesgo de forzar los límites de un eclecticismo poco arriesgado, me atrevería a decir que no son incompatibles ambas propuestas: la de García Cárcel y aquella a la que trata de hacer frente. O, si se quiere, que no tendrían por qué serlo, si no fuera porque toda posición historiográfica lleva detrás, lo queramos o no, nuestro universo de elecciones ideológicas; si no fuera que aquello que acabamos por hacer nuestro, como el relato que queremos mostrar, no evidenciara de una manera tan inmediata como reveladora nuestra particular apropiación del presente. Sea como fuere, creo que es muy difícil discutir el valor de este muy bien articulado texto donde nada sobra y casi nada falta.

Las semblanzas biográficas que rigen varios de los capítulos (Godoy, Fernando VII, Napoleón, Wellington...) están llenas de esa sensibilidad biográfica por los

¹ Las citas de García Cárcel están respectivamente en las págs. 22, 16 y 20. Especialmente recomendable para otras reconsideraciones, J.M. PORTILLO VALDÉS, *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Marcial Pons y Fundación Carolina, 2006 y “Nación entre monarquía y pueblos”, *Revista de Occidente*, 326-327, julio-agosto 2008, pp. 85-108. De Antonio Elorza, por su parte, puede verse el reciente “Contra dos tiranías: el liberalismo español de 1808”, en A. Ramos, coord. *Lecturas sobre 1812*, Cádiz, Universidad de Cádiz- Ayuntamiento, 2007.

matices psicológicos y de personalidad que ha vuelto a atraer tanto a muchos historiadores españoles, en una perspectiva contextual que permite tomar del entorno las notas precisas para interpretar los hechos. Los capítulos que son de “situación” ayudan, por su parte, a reordenar la masa de datos que la narración sobre la guerra exige. Las conclusiones son quizá, lo único más frágil, al menos para la mirada exigente de quienes hayan seguido con atención la lectura completa de la obra. En cualquier caso, es muy de agradecer la confrontación de “*memorias personales con la realidad histórica pura y dura, larga y ancha*”, intentando con ello “*descubrir el trasfondo de los relatos tendenciosos (y)... recuperar el guión histórico objetivo que se esconde tras los papeles que representaron los actores políticos de aquella generación apasionante que fue la de 1808*”. En algún momento, advierte García Cárcel al lector que el esfuerzo realizado para tratar de cumplir ese objetivo no ha sido escaso, y pregunta si cree que ha merecido la pena.

Hay que decir con claridad que sí. Porque el resultado es un libro de lectura atrayente a la vez que muy bien informado, del que no convendrá prescindir, con independencia de cuál sea la postura concreta de cada uno de nosotros ante la cuestión del estado. Esa sincera respuesta afirmativa, en cualquier caso, también satisfaría el deseo expreso (que de Blanco White retoma García Cárcel) de “agradar a un buen número de lectores”. Porque *El sueño de la nación indomable* está muy cerca de alcanzar ese modelo de escritura de historia que aspira a ser.

Elena Hernández Sandoica

R. GARCÍA CÁRCCEL, *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la guerra de la Independencia*, Madrid, Temas de Hoy, 2007.

“¿Eres aquella, en fin, aquella España
Que cediendo al poder de su enemigo
Antes que ser vencida como esclava
Al carro triunfador, con noble brío
Supo arrostrar la pavorosa muerte?
¿Qué es ya de su firmeza y heroísmo?
¿Que es ya de aquel honor? ¿A donde fueron
Aquellos alentados numantinos”...

Aunque la cadencia de estos versos rememoren a Jorge Manrique, y quién los pronuncie sea nada menos que el mismísimo D. Pelayo, al menos para su autor, Zavala y Zamora, no estaba demasiado claro que sus compatriotas estuvieran reaccionando con la condición y el coraje que la situación, en octubre de 1808, requería. Por ello evocaba mitos históricos y literarios, D. Pelayo, Numancia, las Coplas, empleaba un tono heroico e incitaba a los espectadores que llenaban el madrileño teatro del Príncipe, a sacar consecuencias. No se trataba de un desconocido, sino de un prolífero escritor de piezas teatrales, más fernandino que liberal, que hacía tiempo que venía mostrando su inclinación por los asuntos históricos, gracias a los cua-

les había cosechado un gran éxito, que no estaba en absoluto dispuesto a perder con motivo de la invasión francesa. Es más, para proseguirlo, apenas tuvo que cambiar de temas y tono, sino limitarse a incluir algunos versos que encandilaran a un público deseoso de establecer nexos entre los personajes del pasado y las incertidumbres del presente. La anécdota nos enseña que, los antiguos héroes patrios, no llegaron a los teatros impulsados por el fervor de la guerra, sino que llevaban ya mucho tiempo rondando entre los escenarios.

No se si este ejemplo resulta del todo fiel a una de las ideas centrales que, unas veces de forma más explícita que otras, estructura la obra de Ricardo García Cárcel, y que le prestan una singular solidez en un panorama historiográfico sorprendentemente coincidente en cuanto a la interpretación de lo que significó 1808 como fecha de referencia: la de que no hay que confundir un cambio de ritmo, con un arranque y que muchas de las grandes cuestiones planteadas en los años del conflicto (los límites del poder real, el sentimiento patriótico, la estructuración territorial española y americana, la Inquisición, etc.) ya estaban en marcha. Y precisamente por que lo estaban, aunque su expresión fuera intermitente, cuando no sujeta a todo tipo de límites, pudieron ser defendidas e, incluso, puestas en práctica, por unos hombres nacidos bajo Carlos III, y formados, intelectual y profesionalmente, en la España de Carlos IV. Que no eran, en su mayoría, ni rousseauianos convencidos, ni ciegos seguidores del P. Vélez, sino más bien tibios en sus convicciones y, hasta poco tiempo antes, más entusiastas del victorioso Napoleón que de su príncipe Fernando. Desde la perspectiva de una Guerra de la Independencia vista desde las postrimerías de una etapa que termina, que es la del autor de esta obra, los acontecimientos de esos años son el resultado, no la matriz de otros y, por ello, intenta documentar la genealogía intelectual de los conceptos y de los símbolos que entonces se manejan y resaltar el carácter polivalente que, todavía en muchas ocasiones, tiene su uso. Con ello cumple con el primero de sus propósitos, el de analizar los mitos construidos por los hombres públicos de la generación de 1808 y dar cumplida cuenta de sus esfuerzos para prender en ellos a un pueblo todavía difuso, pero ya imprescindible. El segundo, no menos complejo, consiste en seguir la trayectoria de su reelaboración por parte de los historiadores y de los esfuerzos no menos tenaces de éstos para articular, en torno a la misma, una visión de la historia de España, no unívoca sino, en todos los casos, funcional para cada presente.

Con la indudable ventaja de anticiparse a las muchas obras, individuales y colectivas, que han venido publicándose a lo largo del año en curso y con la libertad que proporciona no tener que contar con ellas, esta obra hace explícita desde el primer momento su tesis principal: la de que, en 1808, ni se inventó la nación española, ni se combatió en una guerra sin nombre. Que hubo entonces una recreación, quizás acelerada, de construcciones históricas previas y que si las representaciones que se forjaron entonces han sobrevivido y han dado lugar a tantas mutaciones, es porque contaron con fuerza suficiente para hacerlo. Para fundamentarla, partiendo de una perspectiva muy cercana a la historia cultural, tanto por el sujeto de su análisis, como por las fuentes que utiliza y la forma narrativa del entramado en que quedan expuestas, se sirve de estos materiales para, haciendo un juego de palabras con el título del último capítulo, llevar a cabo una inteligente disección de la historiografía sobre el conflicto y de los prejuicios de quienes lo han estudiado. Pese a la precisión

de sus planteamientos y el aparato crítico que sirve para desarrollarlos, la obra tiene también mucho de ensayo, calificativo éste que no intenta desmerecer en absoluto la calidad de historiador del profesor García Cárcel, sino todo lo contrario, destacar que se trata de un libro que prende en el lector no solo por su información, sino porque es expresión de una opinión propia que se manifiesta no en términos políticos sino historiográficos. Como, a mi entender, la historia, no se puede, ni se debe, hacer desde la asepsia, sino desde la honestidad, que es una cosa muy distinta, me parece gratificante que un autor exponga sus ideas y propicie que sus lectores debatan con ellas.

Con la mirada puesta en alguna de las amplísimas bibliografías referentes a la guerra de la Independencia, no es, desde luego, difícil clasificar los numerosos estudios aparecidos a lo largo de casi dos siglos en dos grandes cuerpos de relatos: la de quienes la presentan como una sacudida después de una etapa de letargo, expresión de la dignidad y el heroísmo de un pueblo mal gobernado, y la de aquellos otros que la consideran un acontecimiento fundacional, verdadera piedra angular de un proyecto de futuro, liberal y nacional a un mismo tiempo, pero lastrado por su congénita debilidad. Visiones incompletas, tal y como se reitera en las páginas de la obra, plagadas en ambos casos de guiños populistas, pero cuya simplificadora mirada se sigue proyectando en nuestros días, en los que la cuestión de la identidad de España sigue gozando de excelente salud, y más con la oportunidad de un nuevo Centenario en tiempo largo, de 1808 a 1812, con proyección americana, que pareció en algún momento tener visos, quizás truncados ahora por la crisis, de desbordar la contención propia de los medios académicos para buscar una proyección social más amplia. Con las dificultades e improvisaciones propias de este tipo de eventos, no parece que se hayan cumplido los vaticinios más pesimistas sobre un derroche gratuito de sentimientos patrios y de ostensibles desistimientos, aunque después de nueve meses de congresos, exposiciones y publicaciones de todo tipo, no solo los especialistas siguen sin ponerse de acuerdo, sino que tampoco se han introducido demasiadas novedades al respecto. Entre otras cosas, porque se ha seguido considerando como el punto de arranque de lo que enfáticamente se denomina historia contemporánea y como la bisagra en la que se alumbró a la nación española, un ente colectivo complejo, que se expresa, según el ángulo desde donde se mire, unas veces de forma vacilante y, otras, rotunda. Demasiada retórica, en mi opinión, ya sea esencialista o instrumentalista, y demasiadas lecturas a flor de piel de textos y fuentes, tanto de época como historiográficos. Cierto que, hace cien años, nadie se hubiera atrevido a confesar su inequívoca vocación de afrancesado como está tan de moda en nuestros días, ni hubiera puesto en duda los sentimientos patrióticos y espontáneos de nuestros antepasados pero, no nos engañemos, tan hijos de su tiempo fueron los historiadores de 1908 como los de hoy, e igualmente dependientes, unos y otros, de las reglas, y las convenciones, cambiantes de su oficio. Por eso se agradece la mirada crítica de quien incide en un territorio incómodo, para decirnos que hacemos lo que siempre se ha hecho, leer la historia desde el presente, y que alguien pondrá en evidencia, con toda legitimidad, igual que nosotros hacemos con quienes nos precedieron, las muchas debilidades, conceptuales e interpretativas, de los relatos históricos de nuestros días. Porque tan inconsistente es querer curar las heridas del presente con las convicciones de nuestros abuelos, como desechar el

peso de éstas en su momento porque no se ajustan a nuestro tiempo. Es decir, como tan precisamente ha señalado Bourdieu, a la ingenuidad de primer orden que consiste en aceptar la representación ideal o idealizada que dan de ellos mismos los sujetos o los poderes simbólicos de un momento determinado, suele seguir otra, no menos nociva, que consiste en el placer de sentirse desmitificador, o desmitificado, de jugar a desencantador a través de un revisionismo convertido en un fin en sí mismo.

Que por ambiguo y resbaladizo el término nación no resulta cómodo para los historiadores españoles creo que es una apreciación realista, si tenemos en cuenta la descontextualización con que se suele emplear. Y lo mismo cabría afirmar de la propia denominación de la guerra de 1808-1814, bautizada casi desde entonces como guerra de España, Peninsular, del francés, de liberación o de Independencia... Que el respaldo definitivo a este último término se dio poco antes de su primer Centenario es conocido y bien nos lo recuerda el autor en su prólogo, por más que eso no significa que naciera entonces. Pero tan importante como esto, o de que fuera un mito más liberal que conservador, es, añadiría yo, que se acuñara no solo dentro, sino fuera de nuestro país, donde el sentido colectivo de pueblo y de nación española se empleaba sin reparo y desde el primer momento se inscribió el conflicto en el marco de la coyuntura bélica que transcurre entre 1793 y 1815. Quizás una mayor referencia a estos testimonios, mas presentes en la historiografía romántica que en la posterior, hubiera prestado argumentos convincentes a García Cárcel a favor de su tesis, al tiempo que hubiera abierto una vía poco explorada en la construcción de un imaginario, no desde la autopercepción, sino desde la visión del otro.

Pero no pidamos a una obra que da mucho, propósitos que van más allá de los de su autor. Sobre todo, porque ordenar los debates en torno a las interpretaciones divergentes de aquel acontecimiento no es, desde luego, una empresa menor, máxime cuando se busca deliberadamente inscribirla más que en la estela de los estudios sobre la guerra en la de aquellos que, en los últimos años, han abordado temas relacionados con la elaboración del discurso histórico y el nacimiento del concepto de España (Álvarez Junco, Elorza, Fernández Albadalejo, Fox, Fusi, Guerra, Herzog, Mestre, Seco y un largo etc). Más acordes con unos que con otros, García Cárcel, utiliza y matiza sus apreciaciones y solo muestra su desacuerdo frente a los que sostienen la creación ex nihilo de la épica bélica, o abusan de forma mimética del término de invención, a modo de comodín acomodaticio. Su sano escepticismo ante las “comunidades imaginadas” de Anderson, o las “tradiciones compensatorias” de Hobsbawm resulta provechoso, siempre que se pongan barreras a la tendencia de percibir tanto las naciones y como el nacionalismo de estado como un progreso continuo ya desde la edad media. Es cierto que ni los más conspicuos liberales, ni los absolutistas más recalcitrantes, se hubieran atrevido a decir, en su momento, que los sentimientos patrios era un ente de razón y que, desde luego, algo de creación ex novo tuvo el gran reto que supuso articular en torno a una idea en construcción lo que hasta entonces había aglutinado la Corona. Pero no lo es menos que hay tantas referencias bibliográficas que apoyan tanto esta idea como su contraria, que resulta muy difícil enfrentarse a ellas de forma inocente Levantada sobre la sólida base de una historia erudita y finalista y fortalecida por un renovado sentimiento de pertenencia, esa nación vacilante, que parece engullir, en determinados momentos, el

viejo concepto de monarquía, es a mi entender distinta que la que era evocada cincuenta años atrás. Entre la invención y la construcción hay, quizás, otra vía que poco explorada que es la transposición de fidelidades, con menor carga ideológica, quizás, pero de enorme vigencia en la época.

Pero si hablar de un concepto poliédrico resulta comprometido, tampoco es tarea sencilla rastrear en ese universo simbólico que son los mitos nacionales concretos, con independencia de la valoración, positiva o negativa de los mismos. Se trata, de nuevo de una cuestión abierta, y como tal, sujeta a un tratamiento pendular, no solo en nuestro país, que es tampoco en esto nada excepcional. Es la secuencia que da cuerpo a la obra, a través de diez capítulos/ mitos que, de Godoy a la guerrilla, de los afrancesados a las Cortes de Cádiz, constituyen las referencias obligadas de cualquier obra sobre el periodo. No yerra desde luego el autor en su elección, ni en la forma de análisis que, como viene siendo ya habitual en sus escritos de los últimos años, es un diálogo confrontado entre testimonios viejos y nuevos, para mostrar no solo las divergencias, sino también las significativas coincidencias entre visiones opuestas. De ahí que en esta historia de imaginarios colectivos, el primero que se viene abajo es el central, el del papel fundacional del levantamiento contra el francés y el del protagonismo de aquellos desgraciados sucesos en la toma de conciencia de amplios sectores sociales. Después, el de un Fernando VII liberal. O el de la espontaneidad del 2 de mayo. Más tarde el de la nación indomable y el de la revolución en los principios. Sin embargo, en nuestros días, se han rescatado otros nuevos, frutos de la investigación, pero también de la coyuntura. Uno de ellos es el de la figura de Godoy, casi canonizado y convertido en el verdadero impulsor de la ilustración española; otro, el del papel de las mujeres en la guerra de la Independencia, ciudadanas fallidas, con un protagonismo no muy diferente al que venían teniendo en momentos de desorden y conflicto; por último, y de carácter muy distinto, el de la aportación británica, revestida ahora de caracteres menos depredadores con los que en el pasado solía representarse. Sobre todo ello, se ha escrito mucho en estos últimos meses, por lo cual no ha podido ser tenido en cuenta, pero sería deseable, en un futuro, una mayor carga de profundidad en el análisis.

¿Es la gestación de este ideario un fenómeno peculiar español? La respuesta del autor a esta importante pregunta me parece una de las más ambiguas de su obra. Quizás porque se deja llevar excesivamente de unos textos escritos precisamente para subrayarla, o para responder a quienes la daban por cierta. Tres cuestiones, me permiten hacer esta afirmación: la de la inestabilidad de la propia constitución interna de la monarquía borbónica, el del llamado nacionalismo de estado y el de la conciencia del desprecio como factor de exaltación patriótica. Las tres están desarrolladas con una lógica impecable en distintos capítulos pero, a mi entender, pierden fuerza si se comparan, o mejor, se relacionan, con lo que ocurre al otro lado de las fronteras hispánicas. ¿Es tan inestable el modelo lento y trabajosamente acuñado desde la Nueva Planta? Su proceso ¿Tan diferente al emprendido por otros países? Claro que hay revueltas, protestas y visiones alternativas, pero resistió bastante bien y, aunque las acometidas más grave las sufrió desde dentro, su planta y su capacidad de acomodación pervivieron casi intactas bajo el parlamentarismo liberal. Mayor reparo merece, en mi opinión, el concepto de nacionalismo de estado aplicado a los reformistas del siglo XVIII, como por ejemplo Campomanes.

Intervencionistas, lo fueron, aunque no tanto como hubieran deseado; centralistas o uniformadores también, en la medida de lo posible y, como no, mercantilistas hasta fechas muy avanzadas. Pero ¿aplicaríamos ese concepto a un Colbert, por ejemplo? ¿O al propio Luís XIV? ¿A quien de los más exaltados jacobinos atribuiríamos ese propósito? ¿No chirría un poco el término cuando se aplica a modelos de estados propios de sociedades estamentales? Quizás, y siendo consecuente con su denuncia de que es un error tachar de invención lo que solo se analiza en un momento determinado, también lo es aplicar categorías perfectamente delimitados en nuestros días al análisis del pasado. Lo mismo ocurre con ese nacional catolicismo a que alude en determinados contextos que, a mí entender, tiene fecha de nacimiento precisa, y que no es identificable con la praxis de un estado confesional, ni de una religión de estado, por más constrictivos que ambos sean. No intento quitar hierro, desde luego, al papel de la Inquisición, a la censura o al peso de la alianza, bastante oportunista, del altar y del trono, frente a la amenaza revolucionaria. No es todo esto ni mejor ni peor que otras formas de imposición ideológica posteriores, sino solo distinto. Tampoco en este último caso, por desgracia, hay nada inventado, sino fuentes y raíces muy concretas, pero ni la razón de estado, el despotismo ilustrado, o la contrarrevolución necesitan cambiar de nombre a causa de lo que ocurrirá en el futuro.

También creo que el enfado de los ilustrados españoles con esa Europa francesa y despreciativa, merece una mayor comprensión. ¿Paranoia? Creo que es excesivo. Mas bien enfado, en primer lugar porque la admiraban y se sentían parte de ella y, también, porque sería injusto no reconocer que, con la tibieza que se quiera, estaban intentando adecuarse a sus pautas. Cadalso no era Montesquieu, desde luego, pero sus *Cartas Marruecas* no incomodaron menos que las *Persas* y por eso tardaron tanto en publicarse. ¿Un hidalgo nacido demasiado tarde? Lo era, por su origen vizcaíno, pero los negocios de su padre y su educación cosmopolita hacen de él el reverso de esa imagen. Su vida y sus amistades también lo prueban. Y su desenfado, de palabra o por escrito, no hubiera escandalizado menos en cortes menos timoratas que la que se dice fue la de Carlos III.

Precisamente al hilo de estas observaciones, no quiero terminar sin una reflexión sobre algunos de los problemas que se especifican en esta obra: el de los anacronismos en que incurrimos los historiadores o el de los peligros de la importación literal de propuestas renovadoras, sin apenas reflexionar sobre el camino seguido para llegar a ellas, por ejemplo. Y de otros que se me han suscitado con su lectura, como el de la necesidad de superar el rígido comparatismo de los modelos, en favor de un juego más ágil de relaciones que eviten los compartimentos estancos. Así por ejemplo, es indudable que, si contemplamos el panorama historiográfico europeo sobre el periodo inmediatamente anterior a la Revolución, las pretensiones de originalidad española quedan muy matizadas: los príncipes de “escasa capacidad”, las “reinas perversas”, el favoritismo, las dificultades materiales, el peso de la guerra y las cargas fiscales se encuentran por todas partes. En ninguna de aquellas monarquías existía una sola visión del pasado y, como en la española, las redes personales y las clientelas, estructuraban el funcionamiento del estado, ya fuera este absoluto y parlamentario. Porque, incluso en la idealizada Inglaterra, el modelo de referencia para ilustrados y liberales, las cosas no eran como las cuenta la historiografía whig, cuya visión idílica del carácter “excepcional” de la historia inglesa, ha quedado definitivamente

vamente arrumbada por historiadores como John Pocock o Frank O’Gorman, que han puesto énfasis en que en el proceso que transcurre desde 1688 hasta finales de la centuria siguiente, influyen más las necesidades económicas surgidas de una agresiva política exterior o la exigencia de garantizar el trono para un protestante que los principios de una revolución idealmente articulada sobre la base de un corpus doctrinal basada en el equilibrio de poderes. No solo la oposición entre los grupos *country* y *court* era más determinate que el binomio whig y tory, sino que esta rivalidad, unida a la naturaleza cambiante de las preferencias de Jorge III a la hora de designar sus ministros, marcaron el carácter inestable y reiteradamente tachado de corrupto de la política institucional durante todo su reinado. Así pues, no cabe duda que Montesquieu, los enciclopedistas franceses y más tarde, los liberales gaditanos, cometieron una misma equivocación, la de pensar que el Antiguo Régimen podría darse por concluido en Inglaterra después de 1688, mirando hacia otro lado cuando se topaban con alguna muestra de su vigencia. No se trata de hacer una trasposición entre dos revoluciones, la inglesa de finales del siglo XVII, y la española de comienzos del XIX que, en estricto sentido, no llegaron a serlo, sino de poner de manifiesto que la existencia de un orden de este tipo no depende tanto del sistema de gobierno cuanto del modelo de conformación de las relaciones de poder y del grado en que éstas se hallan circunscritas al ámbito más o menos reducido que ocupan las elites, las cuales gozaban todavía de un amplio respaldo social. Y que la noción de monarquía mixta, que aludiría a la existencia de una base de legitimidad del poder de tipo contractual, resulta inaplicable, o simplemente errada, para describir la compleja realidad política de países donde los mecanismos de poder se movían por otros cauces, ya sean éstos la Inglaterra Hannoveriana o la España liberal.

Quizas para desmitificar definitivamente un periodo referencial de la historia española, el de la guerra de la Independencia, necesitemos muchas más investigaciones en esa dirección, pero también de estudios que, como éste, nos disecciona cómo se va levantando un andamiaje de larga duración y lo difícil que resulta no caer en las modas del momento. Que nos hablen del pasado en términos historiográficos y que, al mismo tiempo, nos muestre, a través de los temas analizados, el peso no solo de las escuelas, o de las ideologías políticas, sino de las inducciones no regladas que operan sobre los historiadores, y a las que se suelen plegar a la hora de establecer sus enunciados, obliga, sin duda, a reflexionar. Y cuando una obra va más allá de sus propios enunciados, nos permite discutir con ella, mostrar nuestro acuerdo, disentir, afirmar o criticar sucesivamente buena parte de sus asertos, como es el caso de la que nos ocupa, no cabe la menor duda de que tenemos entre las manos un libro conseguido.

M. Victoria López-Cordón Cortezo
Universidad Complutense.